

cias. Los estados le ofrecieron nuevecientos mil florines, mas reservándose su distribucion, rasgo de desconfianza de que quedó el rey resentido y enojado.

Arreglados definitivamente, segun él se imaginaba, los negocios en los Países-Bajos, no le quedaba al rey otro ya que el de embarcarse. Estaba prevenida de antemano una armada de cerca de 70 velas en Zelandia, donde se hizo á la mar el rey el 20 de agosto de aquel año. Fué bastante feliz la navegacion, y Felipe desembarcó en Laredo el 29 del mismo mes. Despues de algunos dias de descanso en aquel puerto, se dirigió á Valladolid, á donde llegó el 8 de setiembre por la noche, habiendo salido á recibirle á fuera el príncipe don Carlos y su hermana, y regente entonces doña Juana.

CAPITULO XXI.

Estado de España á la vuelta de Felipe.-Asuntos domésticos administrativos.-Inquisicion.-Autos de fé.-Córtes en Toledo.-Venida de la reina Isabel.-Jura del príncipe don Carlos.

ENCONTRÓ Felipe II á España (1559) casi en el mismo estado de tranquilidad y de reposo en que la habia dejado. Algunos disturbios habian tenido lugar en Zaragoza, con motivo de un garrote dado en la cárcel en privado, acto allí considerado como un contrafuero, mas se habian pronto apaciguado. (1) Tambien habian ocurrido algunos choques entre el brazo secular y el eclesiástico, con motivo de las hostilidades de Paulo IV contra el rey de España. Se inclinaban los eclesiásticos, como sucede en estos casos al pontífice, y en esto les dió ejemplo el cardenal Siliceo, arzobispo de Toledo, que tantos favores debia á Felipe y á su padre. Restituyó la paz

(1) Ya hemos anunciado que trataríamos de las cosas de Aragon, separadamente y á su debido tiempo.

entre Felipe y el papa las cosas á su primer estado y antigua buena inteligencia. Confirmada la infanta en su cargo de regente, á la subida al trono de su hermano, se adhirió como antes al espíritu de sus instrucciones. Algunas rencillas se suscitaron entre ella y el príncipe don Carlos, jóven avieso, y segun dicen algunos autores muy mal inclinado; mas todos aguardaban que se serenaría la tempestad con la llegada de su padre. Era este el deseo general como sucedió en el último reinado, y en todas las cartas que escribia á Felipe doña Juana, le mostraba la impaciencia con que se aguardaba su venida. (1) Cuando se supo la renovacion de las hostilidades en los Países-Bajos, se pusieron los gritos en el cielo. Eran estas guerras extranjeras, en España muy populares, por lo mucho que costaban, y los recursos del pais se hallaban muy lejos de un estado floreciente. Habia gran trabajo para enviar al rey trescientos mil ducados que pedía. A cuenta de los productos de una mina de plata, que acababa de descubrirse junto á Guadalcanal, y otra cerca de Aracena, se habian tomado en 1556, quinientos mil ducados que ya se habian consumido. Para levantar una suma de seiscientos mil ducados, que las circunstancias hacian necesarias, fué preciso tomar trescientos mil á grandísimo interés de los ferieros de Villalon, satisfaciendo la infanta los restantes, vendiendo diez cuentos y cuatrocientos mil maravedís, de su dote, sobre alcabalas. Habia gastado mucho en sus guerras el emperador, y sus deudas eran muy considerables. Se trató en el consejo de no pagarlas, mas prevaleció la opinion contraria, aunque rebajándose los intereses. Los proyectistas, que no faltan en ninguna época, llamados en aquella tracistas y hombres de prudencia, idearon la venta

(1) Se deseaba con ansia la presencia de Felipe en España: no era menos necesaria, como ya hemos indicado, en los Países-Bajos. Nada prueba tanto lo heterogéneo de esta monarquia; lo difícilísimo, sino imposible que era el ser gobernada por un hombre solo.

de encomiendas, juro, jurisdicciones, hidalguías, regimientos, escribanías, alcaldías, baldíos, oficios y dignidades de toda clase. También pidieron un servicio á Méjico y Perú, solicitando además del rey de Portugal, una porción considerable de pimienta, para que vendida en Flandes, sufragase los gastos de la vuelta del emperador y de su hijo. Todo esto no dá muy grande idea de los recursos financieros de un país, que algunos pensarán tal vez, se hallaba en el mas alto grado de opulencia. (1)

El negocio que parecia entonces mas urgente en la nacion y excitaba mas el celo del gobierno era purgar á España de las doctrinas religiosas que á despecho de la mayor vigilancia y precaucion se habian introducido, en virtud de las comunicaciones indispensables entre las diversas partes de una misma monarquía. Iban los españoles á Francia, á Alemania, á los Países-Bajos: venian naturales de aquellas regiones á España, y del mismo roce y trato no podian menos de resultar prosélitos de las nuevas opiniones. En las tropas del emperador y aun en las de su hijo estaban alistados muchos luteranos; mas ya que era imposible cerrar herméticamente el suelo español á las nuevas doctrinas religiosas, se trataba de atajar por medio de la persecucion un mal tan contagioso. Redoblaba la inquisicion su vigilancia y el rigor de los castigos, aun cuando no estuviese animada de bastante celo, cosa ni verosímil ni creíble, recibia frecuentes amonestaciones de Felipe desde Flandes, y aun Carlos V desde el fondo de su retiro no dejaba de exhortar á los inquisidores á no relajarse un momento del cumplimiento de lo que él llamaba sus obligaciones. El cardenal arzobispo de Sevilla don Fernando Valdés, nombrado á la sazón inquisidor general, correspondió completamente á la confianza que en él se habia depositado, mostrándose severo, inflexible, inexorable. La actividad era suma, la

(1) Véase la nota L al fin del tomo.

vigilancia esquisita, y el mas estricto posible el examen que se hacia de las doctrinas, de las opiniones, de lo que se hablaba y escribia en materias religiosas, sin que el carácter elevado de la persona ni su anterior reputacion le pusiesen al abrigo de tan esquisita suspicacia (1). Fué objeto de ella fray Bartolomé Carranza, el mismo teólogo que tanto habia ayudado á Felipe II en la obra de la restauracion del culto católico en Inglaterra, y que en premio de su virtud y de su ciencia acababa de ser nombrado arzobispo de Toledo á la muerte de don Juan Siliceo. Dieron motivo á estas sospechas algunas proposiciones ó doctrinas de obras suyas que corrian impresas, y los inquisidores resolvieron someterle á su tribunal tan formidable. En consideracion á su alta clase, y mucho mas al favor que gozaba con Felipe, escribieron al monarca pidiéndole permiso para proceder contra el prelado, en atencion á lo gravemente que estaba comprometida su persona. Respondió el rey que procediesen en todo y por todo segun les dictaban su deber y su conciencia, y que viviesen seguros de que ningun obstáculo pondria al ejercicio pleno y completo de su autoridad, aunque se tratase de la persona de su mismo hijo. Con esta venia se procedió á tratar de la prision del arzobispo. Se dispuso que la infanta doña Juana le llamase á Valladolid, hallándose el prelado de visita en Alcalá de Henares. En vista de la órden se dirigió en efecto hácia Valladolid; mas habiéndose susurrado algo del negocio, determinaron los inquisidores enviar el auto de prision al pueblo de Torrelaguna, por donde debia pasar el arzobispo, y allí se realizó en efecto. Desde Torrelaguna fué trasladado con todo secreto á Valladolid, donde le encerraron, aunque con toda la comodidad y respeto á su persona, mientras se le instruia su proceso.

De tiempo en tiempo se celebraban autos de fé en

(1) Véase la nota M al fin del tomo.

público con toda solemnidad, á que éste asistia con toda devocion, como á una ceremonia altamente religiosa. En setiembre de 1559, es decir, algunos dias antes de la llegada del monarca, se celebró uno muy solemne en la plaza de Valladolid, á que asistieron doña Juana y el príncipe don Carlos. Mas de treinta personas se presentaron como reos, y entre ellos el doctor Cazalla, dos hermanos suyos, el maestro Perez, el bachiller Herrero y otros. Lo mas notable fué que se presentaron igualmente los huesos de Leonor de Vivero, madre del doctor Cazalla. Tambien hubo algunas religiosas, mozas y de buen parecer, segun refiere Gonzalo de Ilescas que se halló presente. Quince de estos reos fueron entregados á las llamas, y el bachiller Herrero, que murió impenitente, entró en la hoguera vivo, pues los que daban muestras de arrepentimiento recibian la muerte por el método ordinario.

A su llegada á Valladolid tuvo el rey noticia de que se habia celebrado este auto, y como le dijese que todavía quedaban en la cárcel muchos reos, manifestó al inquisidor general que se holgaria mucho de que se celebrase otro en su presencia, á lo que el cardenal accedió gustoso, ofreciendo la ejecucion cuanto mas antes. El dia 4 de octubre del mismo año se verificó en la plaza de Valladolid con toda solemnidad otro auto de fé á que asistieron el rey, el príncipe don Carlos, la infanta doña Juana y toda la grandeza de la corte. Se presentaron cerca de cuarenta reos entre hombres, mujeres, monjas, beatas, casadas, de toda clase. Solo dos fueron entregados vivos á las llamas como impenitentes. Uno de ellos, hombre de distincion, llamado don Carlos Sesé, se dirigió al rey en alta voz quejándose de cómo permitia que los quemasen, á lo que respondió Felipe que si su hijo fuese un hereje impenitente, él mismo le entregaria á las llamas, llevando en sus hombros la leña necesaria. Así uno de los primeros actos de Felipe á su vuelta á España fué asistir á un auto de fé cuya celebracion el mis-

mo promovía. Y este y otros rasgos de su especie, los consignan los historiadores españoles de aquel siglo, del siguiente, y aun del posterior como actos de piedad, de celo religioso, de las mayores virtudes de un cristiano. El dicho de entregar su hijo mismo á las llamas no podia menos de reputarse como un rasgo de heroismo, segun las opiniones y lógica de aquellos tiempos, ya hemos hecho ver que las hogueras contra los enemigos de la fé estaban en uso desde muy antiguo. Mas solo el rey de España gozaba el privilegio de verlas encendidas en ciertos periodos con tanta solemnidad, por sentencia de un tribunal fijo esclusivamente consagrado á esta clase de delitos.

Partió el rey de allí á pocos dias á Toledo con objeto de celebrar cortes y las fiestas de su desposorio, pues tenia noticia de que estaba para salir de París la princesa Isabel con quien por poder estaba ya casado. Para recibir la nueva reina en la frontera envió al arzobispo de Burgos y al duque del Infantado, con otros varios señores principales de la corte. Mientras tanto se abrieron las cortes en Toledo, y entre las cosas que establecieron, fue que no pudiesen tener esclavos los moriscos del reino de Granada.

1560 A principios de este año salió la reina Isabel de París acompañada del cardenal del Borbon y del duque de Vendoma. Fue recibida en Roncesvalles del arzobispo de Burgos y el duque del Infantado, y habiendo despedido en aquel punto á la comitiva francesa, continuó con ellos su viaje hasta Guadalajara, á donde se dirigió por aguardarla allí el rey, acompañado del príncipe don Carlos, de la infanta doña Juana y de todos los personajes de su corte.

Llegó la reina á Guadalajara á principios de febrero, y despues de haber ratificado el rey su matrimonio recibiendo las bendiciones del arzobispo de Burgos, partió la corte á Toledo, donde se celebraron los desposorios con todo género de fiestas, habiéndose esmerado aquellos habitantes en obsequio de sus reyes.

Con motivo de la reunion de las córtes, determinó el rey aprovechar esta circunstancia, mandando que fuese reconocido y jurado por heredero el príncipe don Carlos, lo que así se verificó el 22 de febrero en la iglesia Catedral con toda pompa. Asistieron á la ceremonia el rey, la infanta doña Juana, don Juan de Austria, todos los señores de la córte y los procuradores de las ciudades de los reinos. Recibió el arzobispo de Burgos, vestido de pontifical el juramento. Le prestó la primera la infanta doña Juana; siguió don Juan de Austria; vinieron despues los grandes de la córte y los procuradores de los reinos. El duque de Alba se presentó el último. Una triste noticia vino á turbar aquellos regocijos, á saber, la de una derrota que acababan de sufrir las armas españolas en las Costas de Africa.

CAPITULO XXII.

Asuntos de Africa.-Sumario de las principales ocurrencias en aquel pais desde el principio del siglo XVI.-Barbaroja y Dragut.-Espedicion y derrota en la isla de los Gelves.

HEMOS visto en los primeros capítulos de esta historia como los españoles despues de tantos siglos de la ocupacion de la península por los árabes que se habian establecido en el norte de Africa, pasaron á hacer conquistas importantes en varios puntos de su costa. Se emprendió y llevó á efecto en tiempo del cardenal Cisneros, la de Oran, Bujía, Mazalquivir y otros puntos importantes. Desde entonces no hemos vuelto á ocuparnos mas de estos asuntos; mas seguiremos aunque muy compendiosamente, la cadena de los acontecimientos desde aquella época hasta el punto en que nos encontramos.

En 1515 emprendimos una expedicion desgraciada sobre la isla de los Gelves.

En 1529 perdimos el peñon, tomado por Barbaroja que le rodeó con cuarenta y cinco buques. El gobernador

español Martin de Vargas que tuvo noticia de esta expedicion, pidió socorros, pero fué mal auxiliado. Con tantos negocios como pesaban sobre Carlos V, no es extraño que no atendiese á todos con la prontitud y eficacia que se requería.

En 1530 recorrieron corsarios dependientes del mismo Barbaroja la costa de Valencia y desembarcaron en Parsent, llevándose preso á Perandreo que la defendía con siete hombres. Con este motivo salió al mar el capitán Rodrigo Portunelo en busca de los tenientes de Barbaroja, y habiéndolos alcanzado en los mares de Levante, trabó con ellos batalla de la que salió roto y destrozado. Tenían Barbaroja y los suyos un grande enemigo en Andrés Doria, que repetidas veces salió al mar en busca suya.

En 1531 desembarcó en Sargel, puerto de la costa de Africa, donde entró á saco llevándolo todo á sangre y fuego. Mas por sobra de confianza cogieron por sorpresa en manos de los enemigos que estaban en acecho y tuvieron que retirarse los de Doria en desorden y con gran pérdida.

En 1532 armó este una expedicion de treinta y cinco velas grandes y otras de menores dimensiones, donde embarcó 10,000 hombres entre españoles, italianos y tudescos, recorrió los mares en busca de los enemigos y puso sitio á Corom en la Morea, que le opuso una gallarda resistencia y al fin fué vencido despues de grandes actos de valor entrando al asalto los cristianos. Tambien en seguida tomó á Patrás en los mismos parajes, haciéndose dueño de los Dardanelos que son dos castillos fuertes que le defendían. Se mostró en estas dos expediciones duro y terrible con los turcos; mas en el año siguiente de 1533 volvieron sobre Corom los enemigos y le recuperaron despues de una larga resistencia.

En aquel mismo año se apoderó de Bona don Alvaro Bazan, nombre que se hizo muy ilustre como veremos en el curso de esta historia. Al año siguiente de